

Esta es una pequeña muestra
del libro *De lo profundo*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

De lo profundo

Una exposición del Salmo 51

De lo profundo

Una exposición del Salmo 51

D. Martyn Lloyd-Jones



EDITORIAL PEREGRINO
LA EXCELENCIA DE LA PALABRA

De lo profundo

D. Martyn Lloyd-Jones

© 2004 por Editorial Peregrino

© 2026 por Poiema Publicaciones

Editorial Peregrino es un sello editorial de Poiema Publicaciones.

Traducido con el debido permiso del libro *Out of the Depths* © 1987 por Bethan Lloyd-Jones. Todos los derechos reservados. Publicado por Evangelical Press of Wales.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de la Versión *Reina–Valera* 1960 © Sociedades Bíblicas Unidas. Las citas marcadas con la sigla LBLA han sido tomadas de *La Biblia de las Américas* © 1986, 1995, 1997 The Lockman Foundation. Usadas con permiso.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

ISBN: 979-8-952755-04-8

Impreso en Colombia

SDG

261

Prefacio	7
1. La confesión del pecador	8
2. La impotencia del pecador	29
3. La principal necesidad del pecador	52
4. Liberación y nueva vida	74

Es para mí un privilegio presentar este libro. Consta de una serie de sermones vespertinos sobre el Salmo 51 predicados en *Westminster Chapel* los domingos de octubre de 1949.

Esta no es la primera recopilación de los sermones de mi marido sobre el Antiguo Testamento, y espero sinceramente que no sea la última. En lo que a mí concierne, evocan algunas maravillosas noches de domingo que se remontan ya a muchos años atrás.

Nunca leo Lucas 24:44-45 sin desear haber formado parte de aquella maravillosa congregación para escuchar a nuestro Señor mismo mostrar a sus discípulos el evangelio del Antiguo Testamento. Pero él mostró el camino, y el Espíritu Santo siempre utilizará a sus siervos para enseñarnos.

Deseo que Dios utilice este libro para el enriquecimiento de las almas y para su gloria.

BETHAN LLOYD-JONES

La confesión del pecador

*Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia;
Conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones.
Lávame más y más de mi maldad,
Y límpiame de mi pecado.
Porque yo reconozco mis rebeliones,
Y mi pecado está siempre delante de mí.
Contra ti, contra ti solo he pecado,
Y he hecho lo malo delante de tus ojos;
Para que seas reconocido justo en tu palabra,
Y tenido por puro en tu juicio.
He aquí, en maldad he sido formado,
Y en pecado me concibió mi madre.*

(Salmo 51:1-5)

Hay un consenso generalizado en cuanto a que el Salmo 51 es probablemente la declaración clásica del Antiguo Testamento con respecto a la cuestión del arrepentimiento. Ciertamente, en un sentido se puede decir que quizá sea la declaración clásica de toda la Biblia con respecto a esta cuestión del arrepentimiento. Es el reflejo del tormento del alma de David, el rey de Israel, tras haber cometido un pecado particularmente mezquino. Una pequeña

nota en nuestra versión bíblica dice: «*Al músico principal. Salmo de David, cuando después que se llegó a Betsabé, vino a él Natán el profeta*». En otras palabras, en un sentido no podemos entender este salmo ni su enseñanza de forma plena a menos que tengamos en cuenta el trasfondo que condujo a él.

Es una historia muy desagradable. No obstante, debo recordártela, puesto que la vida puede ser muy desagradable. Por desgracia, todos somos capaces de hacer cosas desagradables. La historia es en esencia la siguiente. David era el rey de Israel y en aquel momento en concreto de su reinado sus ejércitos estaban en guerra. El propio David no se encontraba con su ejército, se había quedado en Jerusalén. Se nos dice que resulta que un día estaba sentado en la azotea de su palacio con la mirada perdida en la distancia cuando, de forma aparentemente accidental, vio a una mujer muy hermosa. Esta mujer era la esposa de un hombre que estaba luchando con el ejército de David contra el enemigo. David, tras mirar y encontrar a la mujer de su agrado, la codició y ordenó que la llevaran a él. Se la llevaron y cometió adulterio con ella. La mancilló. Entonces, a fin de encubrir su pecado, envió a Joab, su comandante, el mensaje de que trajera de vuelta a Urías, el heteo, el marido de la mujer. Este regresó y se entrevistó con el rey. Después de esto, el rey le despidió y le pidió que se marchara a su casa.

Sin embargo, era un hombre de honor y no volvió

a su hogar con su mujer. Creyó que no debía hacer tal cosa cuando los ejércitos del rey se estaban batiendo en el campo de batalla y quizá el destino de Israel se encontraba en peligro. Dijo: «Yo no haré tal cosa», y durmió junto a las puertas. El rey supo de esto y emborrachó al pobre hombre con la intención de que se marchara a su casa. Pero Urías volvió a negarse. David escribió, pues, una carta a Joab y se la envió por medio de Urías. Venía a decir: «Quiero deshacerme de este hombre; tienes que dejarle de un modo u otro en primera línea de batalla». Joab cumplió la orden. Dispuso que se llevara a Urías, el heteo y algunos otros al frente de batalla donde se encontraban los hombres más aguerridos del ejército contrario. El pobre Urías cayó muerto. Así, David obtuvo lo que quería y tomó a Betsabé, la mujer de Urías, como una de sus esposas. Todo parecía ir perfectamente bien. «Mas esto que David había hecho, fue desagradable ante los ojos de Jehová» (2 Samuel 11:27).

Comoquiera que sea, David siguió contento hasta que Dios le envió a Natán el profeta. Natán dijo al rey: «Tengo algo muy triste que contarte. Había dos hombres en tu reino, uno era un hombre muy acaudalado y tenía grandes rebaños y muchas ovejas y bueyes, el otro era un hombre muy pobre que solo tenía una corderita. Era como una especie de mascota para él. Pero sucedió que, cuando alguien visitó al hombre rico, en lugar de matar este una de sus propias ovejas, tomó la del hombre pobre, la mató y la preparó para

su huésped. El pobre dueño quedó destrozado». David se airó y declaró: «Es preciso castigar de inmediato al que hizo algo tan ruin». Natán le interrumpió y le dijo: «*Tú* eres aquel hombre», indicándole que acababa de contarle una parábola para recordarle y señalarle lo que él mismo había hecho en el caso de Urías, el heteo. Ese es el trasfondo.

De pronto, David lo ve y le invade una sensación de vergüenza y horror, y es en ese estado como escribió este Salmo 51. Ahora bien, espero estudiar este salmo contigo porque centra nuestra atención de manera muy gráfica y vívida en algunas de las verdades y algunos de los hechos básicos con respecto a nuestra vida en este mundo. Está especialmente relacionado con la gran cuestión de nuestra salvación.

Según la Biblia, forzosamente debemos dar ciertos pasos antes de poder conocer la salvación de Dios en Jesucristo. Vamos a la iglesia cada domingo porque nos preocupa la propagación del evangelio de nuestro Señor Jesucristo. La única razón que tengo para estar en el púlpito es que creo que este Libro contiene el camino de la salvación de Dios para el género humano. Es lo *único* que necesita el mundo hoy día. Es la respuesta a las necesidades del hombre y, sin embargo, los hombres y las mujeres hacen caso omiso de él y lo ridiculizan. Hay muchos a quienes les interesa y que, sin embargo, no han experimentado su poder y su gracia salvadora. ¿Por qué? Bien, simplemente diría que no han comprendido que es preciso que sucedan

Capítulo 1

ciertas cosas antes de que un hombre pueda experimentar la gran salvación que se puede encontrar en este evangelio. Hay ciertas cosas que debemos comprender, que debemos asimilar, y la primera de ellas es el arrepentimiento. Ese es el motivo de que comencemos con este salmo; debemos tener clara toda la cuestión del arrepentimiento.

Cualquier caso de conversión que encontremos en la Biblia incorpora siempre este elemento del arrepentimiento. Si leemos la vida de los santos, la historia de los hombres de la Iglesia de Dios de tiempos pasados, veremos que todo el que ha conocido verdaderamente la experiencia y el poder de la gracia de Dios en esta vida es siempre alguien que da muestras de arrepentimiento. No dudo, pues, en hacer la aseveración de que no hay salvación posible sin arrepentimiento. La necesidad de arrepentirse es uno de esos principios absolutos que la Biblia no argumenta. Simplemente lo declara. Simplemente lo postula. Afirmo que es imposible que un hombre sea cristiano sin haberse arrepentido; ningún hombre puede experimentar la salvación cristiana a menos que sepa lo que es arrepentirse. Por este motivo, hago hincapié en que es una cuestión vital. Cuando Juan el Bautista comenzó su ministerio, salió y predicó el bautismo de arrepentimiento para remisión de los pecados. Ese fue el primer mensaje del primer predicador. Marcos nos dice que nuestro propio Señor y Salvador Jesucristo fue de un sitio a otro predicando la necesi-

dad del arrepentimiento. El arrepentimiento es *absolutamente vital*. Pablo fue de un lugar a otro predicando el arrepentimiento ante Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo. Pedro predicó en el día de Pentecostés el primer sermón auspiciado por la Iglesia cristiana, y cuando hubo terminado, ciertas personas exclamaron: «¿Qué haremos?». «¡Arrepentíos!», dijo Pedro. Sin arrepentimiento no se puede conocer ni experimentar la salvación. Es un paso esencial. Es el primer paso.

«Muy bien —dirá alguno—, ¿a qué te refieres cuando dices que debemos arrepentirnos?». Bien, este salmo es una declaración clásica con respecto a toda la cuestión y la doctrina del arrepentimiento. En este primer estudio solo quiero tratar un aspecto y un paso, el que considero el primer paso en el arrepentimiento. Es la convicción de pecado o, si así lo preferimos, la confesión de nuestra pecaminosidad. Si quisiéramos dar un título a este sermón, podríamos decir que vamos a tratar la cuestión de la confesión del pecador, nuestra convicción de pecado y la confesión de nuestra pecaminosidad.

Nuevamente, aquí tenemos algo que no dudo en calificar de absolutamente esencial. Los hombres no entienden muchas de las cosas del evangelio cristiano porque no han entendido en primer lugar la enseñanza bíblica con respecto al pecado. Hay muchas personas en la actualidad que dicen no ver la necesidad de la Encarnación, que no entienden todo este discurso

acerca de que el Hijo de Dios vino a la tierra, que no entienden este discurso acerca de los milagros y de lo sobrenatural, que no encuentran lógica en la idea de la expiación y en términos como justificación, santificación y nuevo nacimiento. Dicen que no entienden la necesidad de todo esto. Argumentan del siguiente modo: «¿No ha sido la Iglesia quien ha desarrollado todas estas ideas teóricas y puramente abstractas? ¿No son cosas engendradas en las mentes de los teólogos? ¿Qué tienen que ver con nosotros y dónde está su pertinencia en la práctica?». Quisiera señalar que las personas que hablan de esta forma lo hacen porque no han entendido la verdad con respecto al pecado. No han comprendido plenamente el significado de la enseñanza bíblica acerca del pecado. No han comprendido que ellos mismos son pecadores. Pero la Biblia, en fuerte contraste, insiste en esto constantemente, de principio a fin. Ciertamente, yo plantearía en estos términos el desafío de la Biblia al mundo moderno. Nos dice que la vida del hombre, ya sea individual o colectivamente, es sencillamente incomprendible sin la doctrina del pecado. Aquí estamos, en este mundo moderno y desconcertante; somos conscientes de que hay algo que no funciona, y la pregunta es: «¿Qué es lo que va mal?». Los políticos no parecen capaces de resolver nuestros problemas. Los filósofos plantean preguntas, pero no parecen capaces de responderlas. El mundo no parece arreglarse a pesar de todos nuestros esfuerzos. La Biblia dice: «¡Estás

pasando por alto la única clave de todo el asunto! Es el pecado. Aquí está la causa de los problemas en los individuos, en las relaciones humanas más cercanas, en las relaciones internacionales por todas partes. Ahí está la dificultad».

Ahora bien, la Biblia lo recalca de principio a fin y de una manera asombrosamente franca. Esto me resulta siempre una de las cosas más extraordinarias y fascinantes de este Libro. No oculta nada. No puedo entender al hombre que no cree que este Libro es el Libro de Dios. Es tan sincero. No intenta maquillar a sus más grandes héroes. No intenta crear un gran fresco con un conjunto de héroes intachables. Eso es lo que hace la mitología y el ser humano en general. Pero la Biblia no lo hace jamás. Muestra a los hombres tanto en su debilidad como en su fortaleza. Lo hace por una sola razón: su interés último no se encuentra en absoluto en estos hombres, sino en la verdad de Dios. Quiero que veas que la idea común de que los cristianos afirman ser mejores personas que los demás es una desfiguración absoluta de la postura cristiana. La postura cristiana es más bien creer que no hay esperanza alguna salvo en la gracia de Dios. Soy lo que soy por la gracia de Dios; esa es la afirmación bíblica. El argumento de la Biblia es que la única esperanza del hombre se encuentra en el evangelio y en la gracia de Dios. Este es un evangelio para *pecadores*. En un sentido, no tiene nada que decir al hombre hasta que este se ve como pecador. En otras palabras, la finali-

dad de sus afirmaciones es hacerle verse como pecador. La Biblia no tiene nada que decir a un hombre que no se ha arrepentido. Su primer llamamiento es un llamamiento al arrepentimiento. Así es como trata esta terrible doctrina del pecado.

Y su argumento acerca del pecado se puede expresar de la siguiente forma: el pecado es un terrible poder maligno; el pecado es algo tan terrible, tan poderoso, que nos vence a todos; todo hombre que haya vivido en el mundo ha sido víctima suya. Nos dice que el poder del pecado es así de grande y terrible, que hasta un hombre maravilloso y extraordinario como David, el rey de Israel, pudo caer de la forma que ya he descrito. «Ahora bien —dice la Biblia—, hasta que comprendas que te estás enfrentando a un poder semejante, no habrás empezado a pensar con claridad. ¡Si no comprendes que, mientras estés en esta vida y en este mundo, este poder infernal se encontrará dentro de ti y a tu alrededor, serás un mero aprendiz en estas cuestiones! El hecho es que en este mundo hay principados y potestades, gobernadores de las tinieblas, huestes de maldad en los lugares celestiales que buscan e intentan derribarte». *Esa* es la doctrina bíblica del pecado. Esa es la terrible revelación de este salmo. El primer paso del hombre debe ser comprender y confesar su pecaminosidad.

De hecho, este Salmo 51 es lo que podríamos llamar: «La oración de un reincidente». Es la oración de un hombre que había creído en Dios y había experi-

mentado el misericordioso trato de Dios. Es acerca de un hombre que cae a pesar de conocer la verdad. Pero eso no supone diferencia alguna. Lo que David nos dice aquí acerca del pecado es siempre cierto, ya se trate del pecado de un creyente o de un incrédulo. La naturaleza del pecado es inmutable; y lo que David tiene que decir, pues, acerca del pecado es una verdad universal. Aquí se nos muestran, pues, los pasos y las fases que atraviesa de forma inevitable un hombre cuando llega al reconocimiento y la convicción de su pecado. Simplemente quiero señalar y marcar cada uno de ellos.

El primero es el siguiente. *Llega a un conocimiento, y un reconocimiento, del hecho de que ha pecado.* Escuchemos a David en el versículo 3: «***Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí***». Lo primero, pues, que le sucede a un hombre cuando llega al reconocimiento y la convicción de su pecado es que lo afronta y lo mira sin engañarse a sí mismo. Toda esta historia nos dice que eso es exactamente lo que David no había hecho. Ahora bien, ¿no tiene algo de increíble que un hombre hiciera las cosas que hizo David y, sin embargo, no las afrontara? Sin duda, David debió de sentir que no estaba haciendo lo correcto; ¡y sin embargo, lo hizo! Nunca afrontó realmente el hecho de que no estaba haciendo lo correcto y siguió negándose a hacerlo. Y, tras haber hecho estas terribles cosas, David habría seguido sin afrontarlas de no haberle enviado Dios a

Natán el profeta y haberle *hecho* enfrentarse a ellas contándole lo que había sucedido de distinta forma. De esa manera, David comprendió y se humilló hasta el polvo. Así es como escribió este Salmo 51. Este es siempre el primer paso. Debemos detenernos y pensar, debemos parar un momento y enfrentarnos a nosotros mismos, a la vida que hemos vivido, a lo que hemos hecho y a lo que estamos haciendo.

Ahora bien, sé que esto es muy desagradable y que a las personas no les gusta un evangelio que diga cosas como estas. Pero, si quieres conocer la salvación de Dios, debes arrepentirte; y el primer paso es la convicción de pecado, y la primera forma de reconocer el pecado es detenerse y mirarse a uno mismo. ¿No es asombroso, repito, que David pudiera hacer las cosas que hizo y no afrontarlas? Ahí están todas las cosas que ha hecho, pero sigue adelante. ¿Cómo *puede* hacerlo? Solo hay una forma de sostener esa postura, y es negarte a afrontar lo que estás haciendo y a pararte a pensar. Ese es el motivo por que no censuro la obsesión por el placer, que solo es un intento de las personas de escapar de esto. Es desagradable tener que pasar una noche contigo mismo y preguntarte: «¿Qué clase de vida estoy viviendo? ¿Cuáles son las ideas que acaricio?». Sin embargo, esto es absolutamente esencial; debemos detenernos, enfrentarnos a nosotros mismos y considerar la vida que estamos viviendo. Todos nos parecemos extraordinariamente a David. ¡Qué fácil es disculpar las cosas en nosotros,

pasarlas por alto y no darles importancia! Sin embargo, somos muy rápidos para censurar airadamente esas mismas cosas cuando las vemos en otro, o cuando se nos expone un caso semejante. Eso forma parte de la naturaleza humana. Es cierto de todos nosotros como resultado de la Caída y del pecado. Ideamos todos los métodos posibles para escapar de nosotros mismos.

Permíteme plantear una sencilla pregunta en este momento: «¿Te has enfrentado a ti mismo?». Olvídate de todos los demás. Levanta un espejo ante ti, evoca tu vida, considera las cosas que has pensado, dicho y hecho y la clase de vida que estás viviendo. ¿Estás satisfecho con ello? ¿Aceptarías en las vidas de otros algunas de las cosas que tú mismo haces? ¿Considerarías que están libres de culpa? El primer llamamiento que hace Dios a un hombre es que sea honrado, que se deje de excusas y se enfrente a sí mismo. Que se examine. Y sí, permítaseme ir más lejos aún, dejemos de discutir acerca de religión y teología y examinémonos honrada y directamente. Ese es el primer paso: «***Yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí***». ¿Lo has afrontado? ¿Te has examinado a ti mismo de verdad y has analizado sinceramente tu propio corazón? El hombre que no lo haga carece de esperanza alguna, y lo cierto con respecto al mundo moderno es que la gente está huyendo precisamente de eso. Se agolpan en los cines, leen novelas, hacen cualquier cosa que llene sus vidas y les evite

pensar. Te digo que debes luchar por tu vida y luchar por tu alma. El mundo hará todo lo que esté en su mano para evitar que te enfrentes a ti mismo. Querido amigo, permíteme hacerte un llamamiento. Mírate a ti mismo. Olvídate de todo y de todos. Es el primer paso en el conocimiento de Dios y en la experiencia de su gloriosa salvación.

Pero permítaseme apresurarme al siguiente punto. El segundo paso es *reconocer con exactitud la naturaleza de lo que hemos hecho*. Eso se expresa aquí a la perfección en tres palabras. La primera es la palabra «rebeliones», la segunda es «maldad» y la tercera es «pecados». Quiero decir ahora algo acerca de estas tres palabras.

¿Qué significa «rebelión»? Es levantarse, disponer la voluntad contra la autoridad, y especialmente contra una persona que ostenta autoridad. Ese es el significado del término rebelión. **«Borra mis rebeliones»**. En otras palabras, David admite que se ha rebelado. Se ha rebelado contra una autoridad, contra alguien. Su propia voluntad se ha alzado dentro de él y se ha «autoafirmado». Le ha gobernado el deseo y se ha dejado arrastrar por la pasión. La rebelión es un deseo de salirnos con la nuestra, un deseo de hacer lo que queremos, lo que nos gusta hacer. Implica una elección deliberada, un desafío activo. Siempre significa hacer algo que nuestra conciencia nos dice que es erróneo. Es un acto voluntario y deliberado de desobediencia, una transgresión de la autoridad: eso es lo

que significa rebelión. Todo hombre que se arrepiente comprende que es culpable de eso. Está dispuesto a admitir: «¡Sí, lo hice, a pesar de que sabía que era erróneo! ¡Sabía que la voz en mi interior, mi conciencia, decía que no; pero lo hice. Fui un rebelde, lo hice deliberadamente!».

¿Qué significa «maldad»? Bien, maldad hace referencia a que un acto está desviado, torcido. Significa perversión, y esto es obvio en el caso de David. «*¡Lávame más y más de mi maldad!*», de lo pérfido y lo ruin. ¿Qué es lo que me llevó a hacerlo? ¡Esa desviación, esa perversión! ¡Qué pervertido he debido de ser para hacer algo semejante!». Recordemos lo que había hecho David. No hace falta que haga hincapié en lo torcido y desviado de su estado y en la perversión de todo ello. Y en este sentido, cuán cierto es de cada acto del que todos somos culpables. ¡Gracias a Dios, quizá tú y yo no seamos culpables de asesinato! No somos culpables de algunas de las otras cosas de las que fue culpable David. Pero mi pregunta es: Cuando te examinas, ¿no ves muchas cosas en ti pervertidas y torcidas? ¿No ves que muchos de los actos de tu vida se han torcido? Los celos, la envidia, la malicia... ¡qué horrible desviación! El deseo de que sobrevenga un mal a alguien, el desagrado ante las alabanzas que recibe otro; los pensamientos perversos, torcidos, feos y malsanos: ¡«maldad»! Y todos somos culpables de maldad. ¿Hay alguien que pueda negar que existe tal desviación dentro de él y que muchos de sus

actos están marcados por esta terrible desviación y perversión?

Y luego tenemos la última palabra: «pecado». ¿Qué significa? El pecado significa errar el blanco, y esa es una buena forma de expresarlo. La idea que transmite es la siguiente: No estamos viviendo como debiéramos. Hay un hombre que apunta a un blanco; ese es su objetivo. Dispara, pero falla. Ha errado el blanco. Significa que no somos lo que debiéramos ser, que no somos rectos según la plomada. Ese es siempre el significado del pecado. Indica que un hombre está viviendo una vida para la que no estaba hecho. Muestra que no está pisando el camino que Dios ha dispuesto para él. No se mantiene en línea recta. No se mantiene en equilibrio. Hay un vaivén, una falta de rectitud en ella.

No hace falta que insista en estos puntos. Sé que todas las personas de esta congregación deben reconocer que son culpables de estas tres cosas: rebelión, maldad (o perversión, actos torcidos y desviados) y pecado (esto es, errar el blanco, no llegar a la meta, no ser lo que debemos ser o aquello para lo que se nos hizo, ir de un lado a otro y no adonde debemos: hacia delante). El segundo paso en la convicción de pecado y la confesión del pecado es que el hombre reconoce que esa es la naturaleza de su vida y de sus actos.

A continuación, el tercer paso es que *el hombre comprenda y confiese que todo esto que ha hecho ha sido contra Dios y delante de él. «Contra ti, contra ti solo he peca-*

do, y he hecho lo malo delante de tus ojos». ¿No hay un error aquí?, puede preguntar alguien. David tenía que haber dicho: «Contra Betsabé, contra Urías, contra los hombres que murieron en esa batalla, contra Israel y contra mi pueblo he pecado». Pero dice: «Contra ti, contra ti solo...». ¡Ah, está completamente en lo cierto! No niega que haya pecado contra otros, pero avanza un paso más. Comprende que sus actos no son simples actos en sí mismos. Ve que no solo afectan e implican a otras personas, sino que la verdadera esencia es que ha pecado contra Dios. Ahora bien, esa es la diferencia esencial entre el *remordimiento* y el *arrepentimiento*. Un hombre que sufre remordimientos es alguien que comprende que ha hecho mal; pero no se ha *arrepentido* hasta que comprende que ha pecado contra Dios.

¿Por qué habría de sentirse así? Permíteme responder a la pregunta del siguiente modo. Verás, el pecado representa una transgresión de lo que Dios ha hecho y de lo que Dios quería que fuera el hombre. Voy a expresarlo de esta forma en un primer planteamiento. Cuando un hombre peca, no solo está haciendo ciertas cosas que no debiera hacer; está pecando contra la naturaleza humana, la está traicionando. Está pecando, pues, contra el género humano y, debido a eso, está pecando contra el Dios que hizo al hombre. Dios hizo al hombre perfecto y Dios quería que el hombre viviera esa vida perfecta. Le dio la posibilidad de hacerlo, y cuando un hombre peca, traiciona a

Dios. «*Contra ti, contra ti solo he pecado*». Ha transgredido lo que Dios quería que fuera el hombre. Estoy torciendo y pervirtiendo la Creación de Dios. Cada vez que peco estoy transgrediendo la santa ley de Dios. Los Diez Mandamientos, la ley moral, la idea común de la decencia que hay en la naturaleza humana: todo eso procede de Dios. Está ahí, todos somos conscientes de ello; y cada vez que somos culpables de una rebelión, de maldad o de pecado, estamos transgrediendo la ley santa de Dios y el plan que se ha ideado para la vida del hombre. Ciertamente, también estamos transgrediendo, como ya he recordado, nuestra conciencia interior. Dios ha depositado la conciencia en nosotros. No somos responsables de ella. ¡Cuán a menudo hemos deseado no tener conciencia! Pero está ahí. Conocemos esa voz interior que nos habla y nos dice que no hagamos algo. Si lo hacemos estamos transgrediendo la norma de Dios. También es pecado contra Dios porque significa que hacemos todas esas cosas a pesar de su bondad hacia nosotros. Creo que fue eso lo que le rompió el corazón a David por encima de todo lo demás. Era solo un muchacho pastor y Dios le había hecho rey de ese gran reino y le había concedido abundantes bendiciones. Sin embargo, David confiesa: «He hecho esta cosa ruin». Dice: «*Contra ti, contra ti solo he pecado*».

Dios te dio el don de la vida. No fuiste tú quien te trajiste al mundo, y tienes una personalidad única. Ha derramado sus bendiciones sobre ti. Te ha puesto en

una familia, te ha rodeado de amor. Te ha provisto de comida y abrigo. Podía haberte negado todo eso. ¡Piensa en el bien que te ha otorgado Dios de distintas formas! ¡Y, sin embargo, le desafiamos! ¡Pecamos contra él y su asombrosa bondad y amor para con nosotros!

¿Cuál es el siguiente paso? El siguiente paso es que el hombre descubre que no tiene absolutamente ninguna excusa o disculpa. *«Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio»*. En otras palabras, David le está diciendo a Dios: «No tengo una sola excusa. No tengo disculpa. No hay nada que se pueda decir a mi favor. No hay razón para hacer lo que he hecho. Todo ha sido resultado de una obstinación absoluta. Me he equivocado por completo. No tengo nada que alegar como atenuante». Quiero recalcarlo. Afirmo que es una parte absolutamente esencial del arrepentimiento y la convicción de pecado. Te ruego, pues, que te examines a ti mismo y examines tus actos. ¿Puedes justificar todo lo que has hecho? ¿Puedes ofrecer alguna disculpa o alegato? Permíteme que adopte la posición de Natán el profeta. ¿Qué sucedería si me alzara en este púlpito y describiera tu vida utilizando una parábola acerca de algún otro? ¿Lo verías? Debemos examinarnos a nosotros mismos en ese sentido. Permíteme expresarlo con franqueza del siguiente modo. Mientras intentes justificarte a ti mismo, no te

has arrepentido. Mientras te aferres a la más mínima autojustificación, te digo que no te has arrepentido. Ciertamente, el hombre arrepentido es el que, como David, dice; «No tengo una sola excusa. Lo veo con claridad. No puedo justificarme. Odio las cosas que veo en mi vida, no tenía derecho a hacerlas, las hice tozudamente, sabía que estaba mal. ¡Lo admito! Lo confieso abiertamente *«para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio»*. ¿Sientes que Dios está siendo duro al condenarte? ¿Sientes que Dios te habría tratado injustamente si alguna vez te vieras en el Infierno? Si lo haces, no te has arrepentido. Quiero insistir en que la prueba del arrepentimiento es esta, que un hombre, tras haberse mirado a sí mismo y examinado su corazón y su vida, se diga a sí mismo: «No merezco más que el Infierno, y si Dios me envía allí, no puedo quejarme lo más mínimo. ¡No merezco nada más que eso!». Esa es una parte esencial del arrepentimiento, y sin arrepentimiento no hay salvación. Afirmando que el hombre que tiene convicción de pecado es aquel que sigue estos pasos. Y eso me lleva al último de ellos.

El último paso es que *comprenda y reconozca que su propia naturaleza es esencialmente maligna. «He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre»*. ¿Puedes ver los pasos? Lo primero que hace es detenerse y afrontar los hechos, se mira a sí mismo. A continuación, su segundo paso es reconocer los actos de los que ha sido culpable y admitir que son

erróneos en tres sentidos. Y luego dice: «Sí, pero eso implica a Dios, y he pecado contra Dios». El siguiente paso llega cuando reconoce: «No tengo pretexto o excusa». Pero luego se pregunta a sí mismo: «¿Qué me indujo a hacerlo? ¿Qué me llevó a hacerlo? ¿Qué hay en mí que me hace capaz de todas estas cosas: celos, envidia, odio, malicia, avaricia, deseo, lascivia y pasión desordenada?». Y entonces lo entiende por fin y declara: «¡Mi propia naturaleza debe estar corrupta, mi propio corazón debe ser malo! ¡No es el mundo que me rodea, es algo en mí lo que está podrido!». En otras palabras, el último paso en esta convicción de pecado es pasar de una comprensión de los pecados a una comprensión del *pecado* y de su absoluta indignidad.

Este último paso es el que S. Pablo describe en el capítulo 7 de la Epístola a los Romanos: «Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien [...]. ¡Miserable de mí! ¿quién me librá de este cuerpo de muerte?». Es decir, declara: «Estoy podrido por dentro, estoy enfermo, tengo el corazón negro. No se trata meramente de que haga cosas que no debiera, soy yo mismo. Es el hecho de que tengo el deseo de hacer estas cosas, que quiero hacerlas. ¿Por qué? Porque hay algo en mí que responde a la atracción del mal. Es eso lo que me trastorna. Es el hecho de ser capaz de ello y de disfrutarlo. Es mi corazón, no el mundo». Así lo expresa Shakespeare:

El error, mi querido Bruto, no está en nuestras estrellas, sino en nosotros mismos, que somos sus subordinados.

«He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre». Desde el día que nací, existe en mí una tendencia al mal; hay algo torcido y perverso. Está en mí; es parte de mi ser y de mi naturaleza.

Esos son, pues, los pasos en la convicción de pecado y en la confesión del pecado.

Si captas la verdad de lo que he intentado decir, ¿no sientes deseos de clamar junto con David: *«Ten piedad de mí, oh Dios»*? Eso es lo correcto, lo único que podemos hacer, querido amigo. Si te ves a ti mismo como alguien que ha pecado, entonces te lo ruego, acude a Dios, confíate a su misericordia. No lo harás en vano. Descubrirás que ha provisto plenamente para ti. Envío a su Hijo amado a este mundo solo por ti, para que muriera por tus pecados en el monte Calvario. Tu pecado ha sido castigado, él lo borró allí, él te lavará y te hará más blanco que la nieve, te dará lo que necesitas. Apresúrate a ir a él. Si has visto la necesidad, lo harás. El hombre que lo ve, como lo vio David, clama de inmediato: *«Ten piedad de mí, oh Dios [...], lávame»*. Haz lo mismo y tu oración recibirá una gloriosa respuesta, y conocerás el gozo de la gran salvación de Dios.

Esperamos que hayas disfrutado de esta pequeña muestra del libro *De lo profundo*.

Para conseguir el libro completo y conocer más acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!